

Sí, eres una montaña y te llamábamos a más de Mateo, «Piedra Dura». Cuando te lanzábamos el epíteto cariñoso la más noble envidia, la admiración iban en él ¡Cómo te halagará ahora oírlo aún después de para siempre dormido!

Algún desvío—tú sabrás— te alejó de esta tierra ibérica donde los hombres saben serlo y a los que tú de haberte quedado habrías transfigurado en esfinges o en dioses poseedores del mismo enigma que los labrados por tus antepasados mentíficos.

La universal y magnánima Francia de otro tiempo, te acogió amorosamente entregándote su dulzura en un ángel de naturaleza femenina que no abandonó a la montaña, que la sostuvo y aún como una suave brisa la empujó.

En Lutecia, si recibías luz— ¡y cuán clara y hermosa!—no encontrabas sin embargo en derredor tuyo, el carácter, la fiera rudeza, la fortaleza y el temple que tú mismo tenías, que las piedras exigían para domeñarse.

Por ello quizás y acaso sin pensarlo, tu amor, la ternura inseparable de la fortaleza tuya se volvió hacia los animales que, como los amabas, te amaron entregándote todo su ser. Con ellos llevaste a término una vez y otra el milagro inaudito de que los canchales que hasta ti rodaron, hechos formas por sobre cuya rotundidad el tiempo ha de resbalar, impregnados de ese algo inmortal que los animales no tienen, entren—según frase de tu hermano Bourdelle—a formar parte de la «columnata inmensa que a nosotros llega del fondo de los tiempos que fueron y que guarda el secreto de eternidad de lo bello».

Ninguno como tú, amigo «Piedra Dura», digno de codearse con ellos, de poner sus piedras labradas junto a las de más alcornica del planeta: las de Caldea, las de Tebas, las de Karnach, o las de Menfis. Cuando mis pobres manos temblorosas allá en sus solares las tocaban, e interrogándolas quería apoderarme del secreto de su eterna y monumental belleza, pensé en ti, Mateo, que ya lo tenías ¡oh grandeza tuya! sin que hubieras gozado de su contacto. Contigo te lo llevas Mateo Hernández, y ello nos enseña que el secreto está, más que fuera, dentro de nosotros.

Hombre fuiste y montaña, cumbre. Ya, sólo eres lo mejor, cumbre. Cumbre y un símbolo del amargo destino de un artista español, del artista español de nuestro tiempo.

Amabas el solar ibérico y lo anhelabas y España sólo te da calor y aire—¡que frío ya!—cuando ningún estímulo puede sentir tu puño poderoso, inmóvil para siempre jamás.

Te juro: ¡oh amigo!, ¡oh hermano!, que alguien pidió, porfió, persiguió para ti ¡ay!, como tantas veces, sin eco, el calor y el aire que tu amor a la Patria ansiaba.

Te has ido con esa amargura, amargura que los que te queríamos, los que conocíamos tu pureza casi infantil sabíamos que era fácil de trocar en dulzura.

Aunque ya te sonrías eternamente de los hombres porque has dejado de serlo, nosotros, los que aún penamos y luchamos con la

materia, aspirando a impregnarla de espiritualidad, queremos decirte nuestro íntimo gozo, sí que también nuestro sonrojo, conociendo que al ausentarte, todo cuanto con inmensa fatiga construiste, con generosidad sublime lo cedes a esta Patria nuestra a la que, para alcanzar la gloria, cadáver insepulto hubiste de llegar.

Sabías, Mateo, que en París tus criaturas tendrían un marco espléndido para exhibirse, que lo encontrarían ya pronto, en cualquier lugar del mundo civilizado a que llegasen. Aquí por amarga experiencia sabías que la Escultura, nuestro Arte, es la Cenicienta, y que no ibas a encontrar en nuestra capital el ámbito apropiado donde se exhibieran dignamente sus ya preciosas piedras monumentales.

Mas como la de tus pétreas águilas incommovibles, tu mirada no se detiene en contingencias circunstanciales, visa lejos y tiene conciencia de que un día u otro la comprensión y la solicitud, como a la Patria conviene, se inclinarán hacia la Escultura. ¿Ganarás esta batalla después de muerto? Entonces, como maestros quedan, Ella, la que amabas, recobrará el rango que quien haya recorrido los pueblos hispanos sabe que tuvo en los tiempos imperiales.

Por todo se luchó en España y por quererla mejor luchamos; más cuando hay grandeza. ¿Quién más que tú enalteció hora a hora, día a día, año tras año, a la Patria lejana que casi te desconocía?

Tú, mientras vivías maestro en la ciudad que más maestros contaba, al dejar de ser, nos das la última y más hermosa lección, la que sólo los grandes pueden dar, la de elevarse, y amar.

¡Gloria a ti, Mateo Hernández!

ENRIQUE PEREZ COMENDADOR



IDEARIO EXTREMEÑO

Quien se mata, ora Cayo, ora Sempronio,—no es un sabio, es un fatuo encaprichado,—que hace un crimen proscrito y reprobado—por toda ley, cual sabe el más bolonio.—La vida es, pues, un bien, y un mal la muerte,—según toda moral filosofía:—quien se mata, es el débil y no el fuerte.

JUAN PABLO FORNER